

II DOMINGO DE CUARESMA A/2008

La aventura de la fe es exigente y requiere sacrificios. Sin embargo, éstos no son sacrificios in vano; hay siempre una recompensa de bendición que viene de Dios a causa de la renuncia. Esto es lo que las lecturas de hoy nos hablan en este segundo domingo de cuaresma.

La primera lectura nos habla de la historia de la llamada de Abraham, como Dios le pidió de dejar su país y su clan, y emigrar a una tierra desconocida que él le indicaría. Lo que Dios le pide a Abraham es una separación completa de su familia y una renuncia de cualquier seguridad humana. Pero todo esto tiene una recompensa, porque no sólo Dios va a bendecir a Abraham, sino también hará de él un gran pueblo. Él engrandecerá su nombre de modo que todos los pueblos de la tierra serán benditos en él.

Sin embargo, la grandeza de la bendición no disminuye en ningún sentido el sufrimiento que viene de la separación y de la renuncia. Después de todo, no hay ninguna gloria sin el sufrimiento. El sufrimiento aquí no es necesariamente físico, sino también el sacrificio que uno se impone a fin de lograr y alcanzar cualquier meta.

Es en esto sentido que debemos entender lo que San Pablo dice en la segunda lectura cuando él recomienda a los discípulos compartir su parte de los sufrimientos por la predicación del Evangelio, para no desanimarse debido a las dificultades que encuentran en sus caminos, y realizar con la alegría su misión.

Jesús mismo paso por la misma experiencia de sufrimiento y muerte a fin de salvarnos. El anuncio de su pasión y muerte, sin embargo, era muy difícil de aceptar por sus discípulos. La idea que los discípulos tenían sobre el Mesías era que él no podía sufrir o morir. Es en aquel momento, después de haber anunciado su pasión, que Jesús quien estaba acostumbrado orar solo en la montaña, toma en esta vez a tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan.

¿Pero, por qué lo hizo así? De hecho, Jesús quiso que sus discípulos vieran su gloria escondida como hijo único de Dios y al cual ellos compartirán con él, si ellos permanecen fieles hasta el final. Aun que los discípulos también tuvieran que pasar por sufrimiento y persecución, son llamados a una gloria inmensa con Jesús en el cielo. En esta perspectiva, los tres discípulos son elegidos para ser los testigos de la gloria de Jesús. Ellos son los representantes del grupo de discípulos y de la Iglesia entera.

En la transfiguración, Jesús quiere enseñar a sus discípulos dos cosas importantes. En primer lugar, él los advierte sobre el escándalo de la cruz revelándoles la grandeza de su gloria escondida como el Hijo de Dios. En otras palabras, aun si él tiene que pasar por pasión y muerte, esto no es el final de su vida. Al contrario, su vida esta destinada a una gloria divina, pero esta gloria viene después de la pasión y muerte. Segundo, Jesús quiere tranquilizar a la Iglesia entera sobre nuestra esperanza en la resurrección de la gloria eterna. Al igual que los tres discípulos, al final de nuestra vida, seremos transformados y compartiremos en la gloria de nuestro Salvador y Señor, Jesucristo.

A fin de compartir aquella gloria, es necesaria una cosa, al saber escuchar al Hijo muy amado en quien el Padre tiene sus complacencias. Pero la pregunta es esta: ¿Con Qué frecuencia le escuchamos? ¿Tal ves, oímos mucho de él, pero escuchamos un poquito

más que sólo para oír? ¿Quién puede escuchar bien a alguien en sus propias angustias y ruido?

La cuaresma es un tiempo de estar en silencio, en la oración, a fin de escuchar al Señor que nos habla. Por esto, tenemos que salir de nuestras angustias continuas, crear una atmósfera de paz alrededor de nosotros y en nosotros que nos ayuda a escuchar al Señor. Esto no es una pregunta para escapar del mundo, sino de dibujar la energía del silencio y la oración a fin de bajar de la montaña y dar testimonio de Jesús.

Hemos visto que en la transfiguración, Jesús habla con Moisés y Elías. Esta conversación con estas personajes importantes de la historia de Israel nos enseña que en Jesús la Ley y los Profetas están unidos. Por esto, nosotros tenemos que confiar en él y aceptar todo lo que él nos dice. Todo lo que él nos dice es en la línea directa con la Ley y los profetas, es decir que Jesús es la realización de todo lo que significan.

Quiere ahora terminar con algunos puntos de meditación sobre las lecturas de hoy. El primer punto es sobre la llamada de Dios. Como Abraham, Dios llama cada uno de nosotros a seguirlo y venir a una nueva existencia. Por esto, la vocación cristiana no es reservada sólo al sacerdocio o la vida religiosa. Cada uno, según su carisma y estado de la vida, es llamado para servir a Dios. Aquella llamada, sin embargo, requiere el coraje y el sacrificio. Cuando rechazamos de aceptar el sacrificio en nuestra vocación, corremos el riesgo de fracasar. Esto es verdad por la vida religiosa así como por la vida matrimonial.

El segundo punto es el carácter social de la fe. Vimos que a través la fe de Abraham todos los pueblos de la tierra serían bendecidos. Esto nos muestra claramente que en cualquier momento que Dios llama a una persona, él quiere alcanzar a la vida de muchos. La llamada individual sobrepasa los límites del individuo y señala a la multitud. Esto clarifica nuestra propia vocación. Nunca somos llamados para nosotros mismos, o para nuestro bien personal o sólo para nuestra santificación personal, sino siempre con un objetivo de hacer algo para el pueblo de Dios. Somos representantes del uno del otro ante Dios.

El último punto está relacionado con la transfiguración. De hecho, la transfiguración de Jesús nos recuerda a cada uno de nosotros que, independientemente de lo que podríamos sufrir y soportar a causa de nuestra fe, esto tendrá una recompensa, es decir la gloria eterna. Por lo tanto, si queremos elevarnos un día con Cristo, tenemos que seguirlo en el camino de la cruz. Pidamos a Dios que en este tiempo de cuaresma él nos de la gracia de la fidelidad para que en nuestro sufrimiento no nos desalentemos. Miremos a Cristo que pasó por el camino del sufrimiento ante de triunfar en la resurrección. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Génesis 12, 1-4a; 2 Timoteo 1, 8b-10; Mateo 17, 1-9



Fecha de Homilía: el 17 de Febrero de 2008

© 2008 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Póngase en contacto: www.mbala.org

El Nombre 20080217homilia.pdf de Documento